

# “CUANDO ARRANCAMOS HACÍAMOS DE GERENTES Y CADETES AL MISMO TIEMPO”

Mauricio Politino

## Los orígenes

**N**ací el 18 de enero de 1950 en Mendoza, hijo de Silvestre Politino y de María Elvira Pérez. Fui el menor de tres hermanos; llegué después de María Elvira y Silvestre.

Mi padre era un herrero de Arizu, una bodega muy importante de la zona. Y ya desde chico, yo fui mamando ese oficio, acompañándolo cuando él iba a hacer su tarea.

Éramos una familia muy humilde. Vivíamos en una casa de adobe con piso de tierra. Cinco días a la semana, comíamos puchero, el plato más barato que se podía preparar. Con las sobras, se aprovechaba para hacer el salpicón de la cena. Solo los jueves y domingos comíamos tallarines, que mi mamá amasaba.

Ese origen tan humilde me impuso la necesidad de empezar a trabajar en un momento muy temprano de mi vida. Cuando estaba promediando la secundaria en la escuela técnica, me tuve que pasar al turno noche y salí con mi bicicleta





a buscar trabajo. Llegué a una empresa metalmecánica de Godoy Cruz, donde me atendió una secretaria. Le dije que estaba buscando trabajo. Justo apareció el dueño: “¿Qué sabés hacer?”, me preguntó. “Nada”, le respondí.

Así fue como empecé en esa empresa, primero limpiando baños, barriendo y preparando café. Era una fábrica de cadenas industriales. Por su actividad, esa empresa fabricaba toda clase de productos. De ese modo fui aprendiendo a soldar y a torneear. Aprendí sobre tratamientos térmicos, cementado y armado de cadenas.

Tenía intención de progresar y me gustaba el estudio. De día, trabajaba en una empresa de metalmecánica y de noche, iba a la escuela, donde seguí la especialización en mecánica.

Al terminar el secundario, comencé la carrera en la Universidad Tecnológica Nacional. Al igual que en la etapa anterior, trabajaba de día y estudiaba de noche.

No llegué a recibirme. Estaba en quinto año de ingeniería cuando mi mujer, María Antonia, falleció en un accidente, y quedé solo con nuestra hijita de nueve meses. Mi madre me ayudó mucho con su crianza.



Para sostenerla, yo seguía trabajando como empleado en distintas empresas de metalmecánica. Tuve la oportunidad de trabajar en compañías muy reconocidas, con grandes oportunidades de aprendizaje y crecimiento.

En el '78, entré como inspector de calidad en Industrias Pescarmona, cuando la empresa estaba en su apogeo. También trabajé como jefe de mantenimiento en una firma de gaseosas de Mendoza.

En paralelo, me había puesto un negocio de óptica. Un día, el presidente de la metalmecánica IMDEC S.A. me ofreció que fuera como gerente a Brasil. Así que me mudé a Porto Alegre. Durante años, fui gerente de ventas de esa compañía. Pero, aunque me iba bien, yo quería independizarme; andaba buscando un proyecto que me permitiera desarrollar mis ganas de tener una empresa propia.

## **Los comienzos industriales**

Hace veinticinco años, junto con el gerente de ingeniería de IMDEC, Juan Carlos Morsucci, decidimos independizarnos y creamos FADEI S.A.

Empezamos alquilando un predio de cuatrocientos metros cuadrados, en el ingreso a la ciudad de Maipú.

Como habíamos sido ejecutivos, teníamos mucho conocimiento y relaciones en la industria. Pero carecíamos de capital. Empezamos a conversar con nuestras relaciones sobre cuáles eran sus necesidades.

Descubrimos que había máquinas insuficientes para la industria de la conserva de duraznos, peras, ciruelas y demás frutas. Así que desarrollamos un equipo que se ocupaba de todo el proceso productivo, donde la fruta ingresa, se descaroza, se envasa, se tapa, se cierra y se etiqueta. Por un lado, entra la fruta y por otro, sale una lata lista para el consumo.

Paralelamente, incursionamos en el área de deshidratado y congelado. Empezamos a fabricar máquinas de limpieza, corte y selección.

Arrancamos nosotros dos solos, con el mameluco puesto. Dibujábamos, cortábamos y hacíamos de gerentes y cadetes al mismo tiempo. Después sumamos a dos empleados. Luego a cuatro más. Llegamos a tener treinta personas, pero siempre trabajamos con la premisa de mantener un plantel pequeño. Es que en Argentina no hay horizontes definidos, entre tantas altas y bajas de la economía.

Por eso, siempre hemos apostado por crecer incorporando tecnología, no personal. Hemos comprado máquinas de última generación, como equipos de control numérico, y hemos invertido en la capacitación de nuestros empleados.

Mi trabajo me permitió conocer las formas de hacer las cosas en industrias de distintos países. Me gustó el modelo italiano, donde hay pocas personas y mucha tercerización.

## **Fadei, hoy**

Actualmente, tenemos un plantel de veinte empleados y trabajamos en un predio de mil setecientos metros cuadrados. Nos mudamos a la planta actual hace unos quince años.

Nosotros mismos diseñamos las máquinas a medida del cliente, las fabricamos y las instalamos. Cada máquina es un traje a medida. Luego, por supuesto, le aseguramos el servicio de posventa.

En estos momentos, estamos fabricando una planta para pasta de ajo para un cliente de Estados Unidos. El diseño permite envasar el puré de ajo en bolsas, que después se distribuye para la elaboración de distintos condimentos.

Hemos trabajado para líderes del rubro, como CICA y La Campagnola. A CICA le hicimos una ampliación muy importante en su planta de selección, cubeteado y envasado de tomates.

También desarrollamos una máquina electrónica descaroza de ciruela seca, que hace que la ciruela salga sin carozo, pero entera. No deforma la fruta como las máquinas de la competencia.



En este rubro, somos únicos en el mundo. Exportamos a Estados Unidos, Australia, Brasil, Francia, Chile, México, Polonia, Italia y Rusia, entre otros destinos. Esto nos obligó a abrir una filial en Estados Unidos para ofrecer asistencia técnica. Ya hemos exportado más de un centenar de máquinas de estas características.

El año pasado estuve en China porque me quería interiorizar en los procesos. Vi que la gente gana cien dólares; es imposible ser competitivos con ellos. Además, la carga impositiva es muy baja y no existen los sindicatos. Y, por otra parte, existe el fondo de desempleo.

De cualquier manera, China tiene un régimen estricto de ley en donde no hay escapatoria y las mujeres están muy sometidas, las explotan en el trabajo por dos platos de arroz.

## **El legado**

Vanina Andrea, la hija que tuve con mi primera mujer, hoy es abogada y tiene un estudio jurídico muy importante de Mendoza. Ella me dio tres nietos. Después de muchos años de quedar viudo, volví a casarme. Mi mujer se llama

Silvia Elizabeth. Con ella tenemos a Mauricio Ariel, de veinticuatro años, que termino de cursar de ingeniero industrial. De a poco, va a empezar a trabajar en la empresa. Quizás también Máximo, mi nieto de doce años, le encanta venir a la fábrica.

La juventud es diferente ahora. Con mi padre, la relación era distinta de la que establezco con ellos. La mirada de un padre italiano era muy fuerte. Se lo trataba de usted y solo se podía opinar de ciertas cosas.

Mi socio, Juan Carlos Morsucci, está casado con Delia Dolcemascolo y tiene dos hijas: Marilyn y Romina. Ellas le dieron dos nietos.

Me levanto a las seis de la mañana y antes de las siete ya llego a la empresa. Después del almuerzo, vuelvo y me quedo hasta las ocho de la noche, la hora del cierre. Los sábados también trabajo, desde las siete hasta la una del mediodía.

Cuando no tengo nada para hacer en mi casa, me voy a la empresa. Allí encuentro la calma para pensar, resolver problemas y planificar el trabajo.

Si no trabajo, siempre estoy haciendo algo. Me gusta mucho ir a pescar y estoy empezando yoga. Me río y me divierto mucho con el grupo que integra la clase.

El tiempo dirá cómo será el destino de la empresa. Más allá de lo que pase, puedo decir con orgullo que yo cumplí mi sueño.

Es bueno pensar que también podríamos lograrlo a nivel del país. La gente admira a los norteamericanos y a los alemanes. En mis viajes por el mundo aprendí que tenemos la misma capacidad productiva que ellos. Lo único que nos falta es una actitud positiva: creer que, como en los países del primer mundo, nosotros también podemos.